

Macuto de Sueños

En el hall y la cafetería del Hotel San Carlos de Santiago, enfrente del Parlamento Gallego, se muestra la exposición formada por once cuadros de Rafael Romero Masiá en la que se ha reunido lo más significativo de su quehacer artístico. Puede ser visitada hasta mediados del mes de agosto.

Sus obras, además de haberse exhibido en conocidas galerías de Santiago, su ciudad natal (Trinta, Paloma Pintos o el Aula de Cultura de Caixa Galicia, entre otras), han desfilado desde la década de los 70 por toda la geografía española. Además, han ilustrado varias monografías y figuran en importantes colecciones como las de la Xunta de Galicia, diputaciones de A Coruña y Sevilla o Casa de Galicia en Madrid.

Masiá vive de y para el arte. Además de impartir clases de dibujo artístico en la compostelana escuela Maestro Mateo, posee una interesante colección de piezas antiguas que ha ido atesorando a lo largo de varios años. Su casa es un pequeño museo en el que conviven desde 'petos das ánimas' hasta viejos quinqués decimonónicos.

Masiá camina muy deprisa en el ámbito artístico. Desde su primera exposición, recién terminada su licenciatura en Bellas Artes por la Universidad de Sevilla, no ha dejado de trabajar de modo incansable. Su obra es increíblemente espontánea. Simplifica el dato y se deja atrapar por la pintura en su estado más puro más que por la necesidad de contar cosas.

El destino del pincel de Masiá nos introduce en un mundo figurativo donde convive el ser humano con la fauna más cercana. El ave, simbolizando quizá el deseo permanente de la huida, de trascender por encima de los problemas cotidianos. El gallo, como referente sexual, cargado de orgullo y deseando anunciar nuevas al mundo. Anunciadores o mensajeros veloces, se nos presentan sus caballos, como enarbolando una vida desenfrenada.

Todas sus criaturas convi-

ven en un entorno indeterminado, habitan el lienzo en paz, y viven en él lejos del mundanal ruido para recuperar su interioridad. Son seres estilizados que parecen haber brotado del pincel de su creador como crece un lirio o con la misma suavidad con la que se emite un suspiro. Sus figuras de dejes surrealistas aparecen como un recuerdo; irradian gracia. Son como el efluvio de un buen perfume.

La luz creada por el artista es espacial. A través de ella nos emocionamos, nos jactamos, nos conduce a todo el espacio del cuadro y nos lo ofrece como un recinto abierto donde es imposible dejar de emocionarse como espectador. Es un territorio creado y soñado por Masiá, donde no se sabe si es pasado, presente o futuro.

El macuto del artista porta sueños en vigilia, mitos que son su propia cosmogonía y que al espectador de dicha atmósfera le corresponde interpretar. Su cromatismo sobre papel de periódico o tabla es singular. Los colores que emplea son de leyenda y resplandecen en la atmósfera que crea en su pintura. De tonalidades suaves, amarillos revulsivos de salud, ocres y, sobre todo, grises y azulados femeninos, del éter y de la espiritualidad, que otorgan sosiego.

Masiá ha repasado la variada gama cromática de la naturaleza y la ha almacenado. En esta exposición se intuye un gran orden en el paisaje mental del autor. Paisaje que refleja las experiencias vividas por el artista en el pasado y proyectadas con energía vital hacia su obra.

Su pintura, aunque hunde sus raíces en el mundo concreto, ¡qué lejos está de la realidad! Es un solaz para la vista. Se disfruta. Cautiva. Porque ha sabido fundir en sus lienzos el recuerdo de los grandes maestros a los que ha estudiado concienzudamente.

Contemplando la muestra es inevitable rememorar la atmósfera de Turner o los ecos de los abstractos de la obra de Tapies.

Fátima Otero